

## XXII

Desarmada Lucila, Domiciana se vió salvada, y celebró mentalmente su triunfo sin dar á conocer su alegría. Menos cauta la otra y de escaso talento histriónico, dejó ver su desconsuelo por la distancia entre su mano y el arma. "Me ha cortado la acción: ya no me tiene miedo—dijo para sí clavando sus miradas en la cerera.— Pero no le vale... La mataré otro día si me engaña, para que no engañe á nadie más."

Recobró Domiciana el timbre neto de su voz, de la cual solía decir Centurión: "Es dulce y dura como el azúcar piedra." Con dureza dulce, dijo la exclaustrada: "Amiga querida, debiera yo ser un poco severa contigo, pues lo que has hecho, en verdad que no te recomiendo; pero te quiero tanto, que sin sentirlo me voy al perdón... Ahora sabrás, ahora te contaré... verás quién es y cómo se porta esta tu amiga, esta mala mujer, á quien querías matar..." Dejó el sillón con ademán de vencer la pereza, y cogiendo del brazo á Lucila le dijo: "¿No te aburres de esta obscuridad?... La guapa moza, sacudiéndose el brazo, siguió detrás de Domiciana, que al pasar al gabinete ampliaba la frase: "La obscuridad me entristece, y tú más... con tus tonterías. Ven acá. Sentémonos aquí, y despéjense nuestras cabezas..."

Los pocos pasos que había entre alcoba y gabinete llevaron á Domiciana desde el mundo del miedo al de la seguridad. La luz benéfica, el ruido de la calle, la confortaron, como conforta la realidad después de oprimemente pesadilla. La idea del tremendo peligro pasado aún estremecía sus carnes; el recuerdo de cómo lo conjuró con un prodigioso rasgo de inteligencia la colmaba de vanagloria. "¡Qué lista soy!—se dijo.— He sabido engañar á la misma muerte, que ya me tenía cogida. Con la argolla al cuello, he convencido al verdugo... para que se estuviera quieto y no apretara... Si esto no es talento, que venga Dios y lo vea..."

Al pasar de la penumbra del dormitorio á la luz del gabinete, tuvo Lucila clara conciencia de que Domiciana, con heroica maña más potente que la fuerza heroica, se había hecho dueña del campo de combate. Mas no por esto se acobardó la moza, que firme en su plan justiciero esperaba llevarlo adelante de una manera ó de otra. ¿Y por qué había de ser la muerte el mejor instrumento de justicia? ¿No había instrumentos más eficaces que realizaran el fin de justicia sin manchar la mano del juez? Pensando en esto y antes que la exclaustrada rompiera el silencio, le dijo: "Si has tenido arte para desarmarme, no creas que te libras de mí. Por lo ocurrido en tu alcoba se ve bien claro que no soy mala, que me doy á razones, y que si entré á matarte fué por arrebató y furia de venganza... cosa natural... Una es mujer, es

una joven... tiene corazón, sangre... Bueno: pues te digo con toda franqueza que si motivos tengo muchos para odiarte, también te debo gratitud, no por los socorros de aquellos días, que eran traicioneros como el beso de Judas, sino por lo de hoy... Tú, por tu defensa, me has quitado de la cabeza el martate, que habría sido grande atrocidad, un bien para tí porque te ibas al descanso, al Purgatorio quizás, puede que al Cielo, y mal para mí, que ya estaba perdida, y la cárcel, quizás el palo, no había quien me lo quitara....”

Con lástima la miraba ya la cerera. “¡Ciudadilla!—dijo para sí.—Ya no tiene más arma que estas teologías que ni pinchan ni cortan. Se deja coger como una pobre pulga, y si quiero la estrujo entre mis dedos.

Lucila prosiguió así: “Domiciana, más baja te veo despreciada que muerta.

—Y yo te digo que lo mismo te quiero alucinada que con sentido,—dijo la otra trasdándola con suprema habilidad.

—Pues si me devuelves el sentido, si con las razones y explicaciones que vas á darme me convences de que eres buena y de que yo no he sabido comprenderte, la que quiso matarte te pedirá perdón... será capaz... si fuese menester... de dar la vida por tí...”

Y Domiciana, mirándola y moviendo la cabeza con acento de maternal tolerancia, se regaló á sí misma este mudo juicio acerca de su rival: “De esta simple haré yo lo que quiera. Alma de Dios, corazón inocente, toro

que obedece al trapo... tú sola te amansas, tú sola te entregas... Consérveme Dios la inteligencia para con ella merendarme á estos corazones arrebatados...” Y luego en alta voz: “Lucila, hermana mía, yo no te ofendí; yo no soy responsable de que se desapareciera Tomín. Sobre el poder que yo tenía y tengo, se levantó cuando menos lo pensábamos, un poder superior... Siéntate, ten calma; no te impacientes. Yo, de algunos días acá, estoy mal del pecho... no sé qué me pasa... Tengo que tomar aliento á cada cuatro sílabas... y si hablo mucho rato sin parar, me quedo como ahogada...”

Estas últimas indicaciones no tenían más objeto que ganar tiempo. Después del gran esfuerzo intelectual para esquivar el inmenso riesgo de morir asesinada, la cerera necesitaba de un colosal derroche de inteligencia para levantar el artificio de figurados hechos ante el cual se desplomaran los agravios de Lucila; érale preciso construir una historia y presentarla luego con tal riqueza de lógicos razonamientos y tal encanto narrativo, que á la misma verdad imitase y á la misma incredulidad convenciese. Esto, ni aun para tan hábil maestra del pensamiento y de la palabra era cosa fácil: necesitaba serenidad, algo de reflexión de filósofo, algo de inspiración de artista, y para estos algos hacían falta los del tiempo... Favorecida por el Cielo aquel día, cuando acabó de decir que la fatigaba el mucho hablar llamaron á la puerta de abajo. Esto fué muy de su gus-

to; contaba ya con que alguien de la familia echase de ver que la puerta estaba cerrada por dentro, y llamara con alarma impaciente. Así fué: arreciaron los golpes. Domiciana dijo: "Mira en qué ocasión vienen á interrumpirnos. Ahora caigo en que cerraste la puerta. Más vale que abras, pues si no, se asustarán, y con razón. Creerán lo que no es, y... hasta puede suceder que echen abajo la puerta..", Vaciló Cigüela. ¿Pero qué hacer podía la infeliz más que abrir? A merced estaba de su enemiga.

Entraron y subieron D. Gabino y Ezequiel, inquietos, y anticipándose á sus manifestaciones, Domiciana les dijo: "Mandé á esta que cerrara porque teníamos que hablar, y me sabía muy mal que nos interrumpieran. ¿Quién ha venido?"

—Ha estado el amigo Centurión—dijo el cerero recobrando su tranquilidad,—pero se ha cansado de esperar...

—Y ahí tienes el coche; viene á buscarte,—anunció el mancebo, que dirigía las locuciones á su hermana y las miradas á la hija de Ansúrez.

—Tengo que vestirme. Lucila, ¿has visto qué vida llevo? Apenas descanso un ratito, ¡hala otra vez!

—Si comes tú en Palacio—dijo D. Gabino acaramelando la mirada,—Luci comerá con nosotros.

—Quería yo llevarla conmigo. Pero si ella prefiere quedarse... ¿Verdad que está Cigüela más guapa?

—En la guapeza de esta joven no cabe más ni menos. Es como la bondad de Dios—declaró D. Gabino, reblandeciendo la expresión de sus ojos, que eran manantiales de ternura, y alargando la boca, húmeda como el hocico de un becerro.—Si Cigüelita come con nosotros, traeremos dos platos de casa de Botín, y de la pastelería huevos moles ó huevo hilado, lo que á ella más le guste.."

Encandilado, moviendo los brazos en forma de un batir de alas de ángel, Ezequiel aprobaba con mudo entusiasmo.

"Mucho se lo agradezco, Sr. D. Gabino—dijo Lucila;—pero... Otro día comeré con ustedes. Hoy no puede ser. ¿Verdad, Domiciana?"

—Hija mía—dijo la cerera con admirable afectación de cariño,—tú dispones lo que gustes. Has reconocido hace poco que soy para tí como una hermana, como una madre... Después que hablemos otro ratito, quédate á comer. Estás en tu casa.."

Oyendo esto, no sabía Cigüela si admirarla por su ingenio, ó tronar indignada contra tan cruel ironía. Pensó que sería justicia y además un desahogo muy placentero, arrancarle el moño y chafarle los morros de una ó más bofetadas. En un tris estuvo que lo intentara. Midió la acción y vió que cabía perfectamente dentro de sus facultades, pues le bastaban las manos para despachar á la cerera, reservando las extremidades inferiores para D. Gabino, á quien tiraría al suelo de una patada. A Ezequiel le derribaría sólo

con el aire que hiciera en toda esta función. Mas para esto siempre había tiempo. Convenía esperar...

En aquel punto entró la asistenta que á la familia servía, mujer de gran talla, bigotuda, con todo el aire de un cabo de gastadores, y después de un breve saludo al ama, llevando consigo el cesto de la compra ya repleto, se fué á la cocina. Creyérase que Domiciana, viéndose asegurada por aquella guardia formidable, recobraba en absoluto su tranquilidad. Despidió á su padre y hermano, encargándoles que á nadie dejaran subir, y sintiéndose bien custodiada y defendida, pues el son del almirez le sonaba como los tambores de un ejército próximo, dedicóse á su vestimenta con todo sosiego. Quedó la otra en el gabinete, mientras la cerera trasteaba en la alcoba, donde lo primero que hizo fué sacar el puñal del abismo en que había caído y esconderlo en lugar seguro. Lucila la vió salir risueña apretándose el corsé, y sin decir nada la ayudó en aquella operación. En este tiempo, pudo la exclaustrada levantar en su fecundo caletre el andamiaje de la soberbia historia que tenía que construir, y apenas encaró con su enemiga, echó en esta forma los que á su parecer eran sólidos cimientos:

“Tomín fué apresado por la policía y encerrado en Santo Tomás. Yo lo supe un día después... ya puedes figurarte mi disgusto... Naturalmente, acudí al instante. No me permitieron verle.

—¡Domiciana, por la salvación de tu alma —exclamó Lucila con solemne acento,— por las promesas de Nuestro Señor Jesucristo, en quien tú y yo creemos y esperamos, aunque seamos pecadoras, dime la verdad! ¿De veras no has visto á Tomín? Júramelo, júrame que no le has visto...

—Aguárdate, tonta, y no precipites mi relación. He dicho que no le ví en aquel momento; luego sí... Ten paciencia. Decía yo que acudí á salvarle. No conté contigo porque estabas enferma. ¿A qué aumentar tu desazón, tu desconsuelo?... Habría sido martarte... Pasaron dos días en mortal ansiedad. Supimos que se trataba de aplicar al pobre Capitán la pena terrible... ¿sabes? la sentencia del Consejo de Guerra. Tres señoras, tres, éramos á pedir misericordia por él. Doña Victorina y yo... y la de Socobio, que se nos agregó el segundo día... Eufrasia, hoy Marquesa de Villares de Tajo: no la conocerás por este nombre.

—La Socobio—dijo prontamente Lucila, —conspiró hace dos años por los del *Relámpago*.

—Pues ahora conspira por Narváez; es el más firme apoyo del *Espadón* en la Camarilla de la Reina... Sigo contándote. Al tercer día, después de haber hablado con O'Donnell, que nos dió seguridades de que no sería fusilado el Capitán, fuí á ver á éste... Doña Victorina no podía ir; fuí yo sola.

—¡Y le viste...!

—Le ví... y entre paréntesis, como me

habías ponderado tanto su hermosura, y creía yo encontrarme con un Adonis, ó con el dios Apolo, la verdad, no ví en él nada de particular... un hombre como otro cualquiera. Entré... Con él estaba la Socobio, que sin darme tiempo á exponer lo que me había dicho O'Donnell, saltó y dijo: "Ya no tiene usted que ocuparse de nada. Yo lo arreglo todo... Es cosa mía..."

—¿Y Tomín?

—En el corto rato que allí estuve, no habló más que de tí... En pocas palabras me dió las gracias por los favores que os hice, y luego: ¿qué es de Lucila, qué hace Lucila... está buena Lucila?... y vuelta con Lucila. Bien echaba por los ojos el amor que te tiene.

—¿Y después...?

—Volví al siguiente día... Dijéronme que el Capitán estaba libre... Había ido por él la Socobio, y se le había llevado en su coche... ¿A dónde? Esta es la hora que no he podido saberlo..,

### XXIII

La historia contada por Domiciana con acento tan firme que parecía el de la propia Clío, produjo en el cerebro de Lucila efectos muy extraños, pues si tales hechos encontraban en él como una nube de incredulidad sistemática que los empañaba y obscurecía, de los mismos hechos brotaban rayos de ve-

rosimilitud que esclarecían lentamente los espacios de aquella nube. ¿Era mentira que parecía verdad, ó una de esas verdades que se adornan con las galas del arte de la mentira verosímil?

—¿Y por qué—preguntó Lucila con viveza ruda,—por qué al saber que Tomín estaba libre, no fuiste á decírmelo?

—Porque me aterraba el tener que darte una mala noticia—dijo Domiciana parando el golpe con gran destreza.—Lo era la de aquella libertad, que tuve por una nueva esclavitud. Decirte que Tomín estaba en poder de la Socobio era como decirte: "despidete de él por mucho tiempo.

—Por algún tiempo, quieres decir.

—Claro: terminado el secuestro, Tomín volverá á ser tuyo.

—¿Has dicho que esa Eufrasia conspira por Narváez?

—Por Narváez y Sartorius. El Gobierno la teme; mas no puede nada con ella, porque se ha hecho uña y carne de la Reina, y es su confidente y amiga. Se trata de combatir y anular esta influencia, expulsando para siempre de la Cámara Real á la Socobio; en ello trabaja la persona que más influye en el ánimo de Isabel... ya puedes figurarte de quién hablo...

—¿Y qué importa que la Socobio sea ó deje de ser amiga de la Reina?

—Esas amistades torcerán más el arbolito, que bastante torcido está ya.

—No será lá Eufrasia peor que otras, peor

que tú. Dijo la sartén al cazo... Palaciegas de este bando y del otro, damas santurronas, damas casquivanas, monjas aseñoradas, y señoras afrailadas, todas son unas, y todas tuercen el árbol, porque torciéndolo, se suben á él para coger fruta... ¡Valiente ganado estáis!... Pero en fin, dejando eso, que no me importa, ¿sostienes lo que has dicho?... que la Socobio hizo escamoteo y se llevó á Tomín...? ¿No temes que yo hable con esa señora, y que ella me diga que la escamoteadora has sido tú?

—Si hablas con ella, no te dirá una palabra, y te mandará á paseo. Es gran diplomática. ¿Crees que una persona tan lista se franquea con el primero que llega? ¿Quieres probarlo? Nada más fácil: en Aranjuez la encontrarás. Ya sabes que allá se ha ido la Corte hace tres días. Ahora tienes ferrocarril. Por catorce reales puedes ir en segunda... Dos horas menos minutos.

—¿Y cómo es que estando la Corte de jornada, aquí se queda Doña Victorina, y tú con ella?

—Porque Doña Victorina sigue mal de salud, y no le convienen las humedades del Real Sitio... Y hay otra razón: mi amiga y yo somos un cuerpo de ejército destinado á ocupar esta plaza y á vigilar en ella los movimientos del enemigo. Tememos... para que veas si te confío cosas delicadas... tememos que los narvaístas nos ganen el corazón de la *Madre*... Lucila, ya sabes que estos secretos quedan entre nosotras.

—Si el poder de la *Madre* es tan grande, porque con su misticismo y sus llaguitas hace creer que es enviada del Cielo, ¿qué teméis de una disoluta como la Socobio, que ni tiene llagas, ni habla con el Espíritu Santo?

—Se la teme porque es otra especie de santa, ó por lo menos sacerdotisa de un santo que no está en el Almanaque, de un santo que siempre tuvo, tiene y tendrá tantos devotos como personas hay en el mundo...

—El Amor. ¡A quién se lo cuentas!

—Y dentro de ese culto infame, gentil, la Socobio es al modo de gran teóloga ó *Santo Padre*, al modo de profetisa, definidora y taumaturga... y también tiene sus llagas ó cosa parecida para imponer veneración... Se entiende con el dios de esta baja idolatría, y trae recados de él para las criaturas...

—Domiciana—dijo Lucila gozosa de ver á su amiga en aquel terreno,—confiésame la verdad y todo te lo perdono. Confiésame que tú también eres un poco, ó un mucho, sacerdotisa de ese dios de los gentiles, que tú también á la calladita adoras al ídolo... porque eres mujer...

—Yo no. Ya sabes que no siento en mí esa devoción—dijo la exclaustrada metiéndose en su concha.—Yo abomino de tales dioses gentilicos... He hablado de ello por explicarte la influencia de la Socobio sobre una mujer joven, linda, y por poderosa caprichosa, y por buena fácil á la maldad... O hemos de poder poco, ó apartaremos á Eufrasia del Trono...

— Del Trono y el Altar: dílo como lo decís en los papeles públicos... Déjate de hipocresías, y ya que hablas de eso, habla con claridad. Tú y tu bando no miráis á que nuestra Reina sea buena, sino á que seáis vosotras las únicas que le suministren sus diversiones. Así la tenéis más cogida. Entre visiones celestiales por un lado y terrenales por otro, no se os puede escapar.

— Hija, no hables así de nosotras, que tiramos siempre á la virtud y la honradez... Pero equivocándote, lo que has dicho revela talento.

— Esto que llamas talento, no lo es, Domiciana. Lo que yo sé, el corazón me lo enseña... Pues te digo que me alegraré mucho de que con toda vuestra virtud seáis derrotadas por la Socobio, por esa gentil, por esa idólatra...

— ¡Ah! no creas que estamos tranquilas— dijo Domiciana, tirando siempre á ganarse la voluntad de Lucila y á desarmarla con las confidencias verdaderas ó falsas.— Esa maldita manchega es de la piel del diablo. Hace meses, y cuando más descuidados estábamos, nos dió una paliza tremenda... Llamamos paliza á la derrota que sufrimos en un asunto que creímos de los de clavo pasado; tan fácil nos parecía resolverlo á gusto de la *Madre*. Pues verás: Vacó la Comisaría General de Cruzada, que es plaza muy lucida, enorme golosina de clérigos; el Gobierno quería meter al poeta D. Juan Nicasio; la *Madre* hipaba por el Padre Batanero,

que á sus muchos títulos unía el de haber sido carlistón. Los moderados presentaron á D. Manuel López Santaella, arcediano de Cuenca. De nada nos valió el tocar con tiempo todas las teclas, porque esa perra se nos anticipó á mover los títeres de Roma, donde su marido tiene relaciones y gran amaño por el negocio de *Preces*; y nada... que nos ganó la partida, y quedaron satisfechos Narváez y Sartorius, y nosotras burladas... Para que la *Madre* no chillara, le dieron dedada de miel presentando al Capuchino Fray Fermín de Alcaraz, el diablo de marras, para la mitra de Cuenca... Ahí tienes un triunfo del sacerdocio gentil sobre este otro sacerdocio de ley. Eufrasia se quedó riendo, y Santaella pescó la Comisaría. ¿Tienes noticia del famoso pasquín? Por cierto que cavilando en quién podría ser autor de aquella chuscada, dí en sospechar de Centurión, y tanto hice y tanto le estreché que al fin me confesó que él puso al pie de la estatua de Isabel, en la plaza del mismo nombre. el letrerito de que tanto se habló en Madrid: *Ni Santo él, ni Santa ella*.

A este punto, ya Domiciana estaba vestida. Pero no quería partir sin ver á su cara enemiga en completo desarme físico y moral. Sus confidencias eran el plateado que á las píldoras ponía para que no amargasen, y en las píldoras se mezclaban substancia de verdad y la mentirosa substancia fina que usan los diplomáticos en las relaciones internacionales. Verídico era mucho de lo que dijo

referente á Eufrasia, y sobre el sólido fundamento de estos hechos, asentó con gran maestría el artificio del rapto del Capitán por la Socobio. Quedóse Lucila meditabunda, arrastrando sus miradas por el suelo y por las rayas de la estera frente á la silla baja en que se sentaba. Interrogada por la cerera sobre la causa de tan hondo meditar, dijo la guapa moza: "Me estoy devanando los sesos para recordar qué persona conozco yo, ó debo conocer, que es muy íntima de esa señora Doña Eufrasia. Fué mi padre, cuando andábamos locos en busca del empleo, quien me nombró á tal persona, y dijo: "no hay aldaba como esa, si se acordara de nosotros y quisiera servirnos..."

—¿Persona de la intimidad de...? No puede ser otra que el Marqués de Beramendi.

—Ese... ese mismo señor. Yo le conocí en Atienza, cuando todavía no era Marqués... A mi padre encontró un día en la calle, en Madrid, no sé cuándo, meses há, y le preguntó por mí. Yo... si le veo, no le conozco, no me acuerdo...

—Pues si has pensado que ese señor podría servirte para entrar en amistad con Eufrasia, no sabes lo que te pescas. No es hoy íntimo de ella: lo fué... Hace tiempo le atacaron unas melancolías que parecían principio de locura. Su mujer tomó la resolución de sacarle de Madrid, y á Italia se fueron él y ella con el niño que tienen. Sé todo esto por los suegros de Beramendi, los señores de Emparán, que á menudo visitan á Doña Vic-

torina... Pues en Italia se estuvieron todo el año pasado, y largos meses de éste. No hace mucho que han vuelto, y no sé que el Marquesito haya pegado otra vez la hebra con la Socobio... Dices que tu padre le encontró y habló con él... Fué sin duda antes del viaje á Italia, si no fué el mes pasado.

—No, no: debió de ser antes del viaje... Por lo que mi padre me dijo, el nombre de ese caballero se relaciona en mi cabeza con el de Doña Eufrasia, que hoy es Marquesa.

—De Villares de Tajo... Si dudas de mí, vete á ver á esa señora. Puede que se confiese contigo; yo lo dudo mucho... pero quién sabe. Esa lagarta no entrega sus secretos al primero que llega.

—Naturalmente—dijo Lucila, que en aquel instante recobró todo su candor,—si sabe que Tomín me quiere, y tiene que saberlo, porque él mismo se lo habrá dicho, me recibirá con una piedra en cada mano..

Aprovechando aquel estado de inocencia, soltó Domiciana la mentira final, la que había de ser cúspide y remate del gallardo artificio que había levantado. No creyó prudente emplear la última pieza de su grande obra hasta que llegase el oportuno momento. Este llegó. Dijo la señora: "Para concluir, Lucila, para que te convenzas de que debes dar por concluso ese negocio, sabrás que la Socobio no ha hecho lo que ha hecho por adorar al Capitán en sus propios altares, sino que lo ha llevado como en holocausto, fíjate bien, á otro altar de más altura, donde



oficia el Supremo Sacerdocio de esos dioses gentilicos... ¿No lo entiendes? ¿Quieres que te lo diga más claro?

—Sí lo entiendo. Mas para que yo crea eso, que parece cuento de brujas, dime dónde está Tomín, dónde le tienen guardado para esos holocaustos malditos...

—¡Vete á saber...!—rezongó la cerera un tanto desconcertada.—Guardado lo tendrán como lo tuviste tú.

—Según eso, sigue condenado á muerte.

—Claro. Boba, el indulto vendrá después, cuando ya la devoción gentil se acabe por cansancio, ó por cualquier motivo, y entonces le verás restituído á su jerarquía, Comandante, pronto Coronel... y caminito de General. Hay casos, Lucila... ¿Pero aún dudas?

—Sí, siempre dudo... pero no te negaré que lo tengo por posible. Mi padre, hombre de pueblo, sin instrucción, que piensa muy al derecho y tiene un talento natural que ya lo quisieran más de cuatro, me ha dicho muchas veces: "No hay cosa por desatinada que sea, que no pueda ser verdad en este país, mayormente si es cosa contra la justicia y contra la paz de los hombres... Aquí puede pasar todo, y la palabra *increíble* debe ser borrada del libro ese muy grande donde están todas las palabras, porque en España nada hay que sea mismamente increíble, nada que sea mismamente... ¿cómo se dice?

—Absurdo. Tu padre tiene razón. Los españoles, hija... de varones hablo... son la

peor gente del mundo, y no hay cristiano que los entienda ni los baraje. Se les da lo bueno, y lo tiran; les hablas con juicio, y dicen que estás loca. Progreso aquí significa andar para atrás como los cangrejos, Libertad correr tras de un trapo colorado, Orden pegar sin ton ni son, y decir Gobierno es como decir: "no hay quien me tosa...". Mucho ganaría esta nación si se dejara gobernar por mujeres listas, que las hay... A esos hombrachos que no sirven para nada y reniegan de que una monja se meta en cosas de Gobierno, les diría yo: callaos, imbéciles, y no echéis roncas contra la *Madrecita*, pues no merecéis otra cosa.."

Sumergida Cigüela en profunda abstracción, nada decía. Sentada, el codo en la rodilla, la frente sostenida en tres dedos de la mano derecha, los ojos fijos en el halda de su vestido, dejaba caer su pensamiento al sondaje de profundos abismos. Domiciana, que vió en su enemiga señales de confusión, de batalla tortuosa entre afectos, todo ello contrario á la derechura de las resoluciones violentas, acabó de recobrar su aplomo. Había vencido; con soberano talento, con pases y quiebros de extraordinaria sutileza, había logrado encadenar á la fiera... Ya podía pasarle sin ningún riesgo la mano por el lomo. "Amiga querida—le dijo levantándose,—yo no puedo detenerme más. Si quieres venir conmigo, ven; si quieres quedarte, comerás con mi padre y con Ezequiel. Te repito que estás en tu casa.."

Lucila, sin mirarla, sin cambiar de su postura más que la mano, que de la frente bajó á sostener la quijada, le dijo: "Gracias, Domiciana. Yo me voy también.

—¿Y dudas aún que soy tu mejor amiga?

—Ya no dudo ni creo—dijo la guapa moza en pie, suspirando:—ya el dudar y el creer, como el temer y el desear, son para mí la misma cosa... En nadie ni en nada tengo fe... Estoy pensando que la vida y la muerte... todo es lo mismo... y que en este mundo y en el otro, hay la misma maldad, porque malo es todo lo que antes era nada y ahora es... lo que es... No me entiendo... Adiós, Domiciana...,"

Suelta la mantilla, salió; tomando carrera al llegar al pasillo, precipitóse por las escaleras abajo. La cerera vió en aquella salida fugaz, como ciertos mutis de la escena, una reproducción del arrebató con que Lucila se había presentado en la alcoba; pero como iba en retirada, no fué grande su inquietud. Con todo, rodando después en coche por calles y plazuelas, camino de sus obligaciones, apartar no podía de su pensamiento los horrendos pesares de la que fué su amiga, ni la tenacidad con que á ellos se aferraba, rebelde al consuelo. "Me equivoqué—se decía,—pensando que entre las heridas del alma y su reparación no ponía el tiempo tanto de sí... Cada día aprendemos algo... Me da lástima esta pobre, y me da miedo. Menester será curarla ó amarrarla..."

## XXIV

Como animal derrotado y herido, á la fuga se lanzó la hija de Ansúrez, sin reparar en las frases melosas que á su paso veloz por la tienda se le dijeron, y en la calle corrió, tropezando con transeuntes y vendedores, ignorando hacia dónde caminaba, pobre bestia huída. Creyérase que alejarse quería de sí propia, ó que en la rapidez de la marcha veía como una forma ó procedimiento de olvidar... Sin darse cuenta de su itinerario, pasó por Puerta Cerrada, calle del Nuncio, hizo un breve descanso en el Pretil de Santisteban, bajó á la calle de Segovia; metióse luego por la calle del Toro á la Plazuela del Alamillo; tiró hacia la Morería vieja, y en las Vistillas tomó resuello... Apoyada en la jamba de una de las enormes puertas del caserón del Infantado, echó mano con furia á su propio pescuezo, diciéndose: "Me ahogaría; lo merezco por tonta, por estúpida y cobarde. Debí matarla, fué gran burrada compadecerla, y darle tiempo á que con sus despotriques me enfriara la voluntad de hacer justicia... ¡Y se ha reído de mí... se ha quedado riendo, y yo sin cuchillo...! no sé ya cómo me quitó el cuchillo... Pero si fuí con la idea de matarla, con toda la justicia de Dios dentro de mí, ¿por qué no la maté?... ¡Perra traidora!... ¡Y aún está viva, y go-